

# HETEROSEXUALES

*Heterosexuals*

VLADIMIR SAFATLE\*

[vsafatle@yahoo.com](mailto:vsafatle@yahoo.com)

Un problema relevante en ciertos debates sobre sexo e identidad que circulan actualmente se plantea cuando se parte del presupuesto de que existen heterosexuales. Según esa idea, heterosexual sería aquella persona cuyas elecciones de objetos recaen sobre algo que sería el “sexo opuesto”. En principio, esa sería la posición hegemónica en nuestras sociedades. Es decir, viviríamos en una sociedad en la que la mayoría de las personas tendrían como elección de objeto el “sexo opuesto”. De ahí se seguiría algo así como cierto binarismo propio de la vida de los supuestos heterosexuales: estarían presos en una dinámica de deseo que solo reconocería hombres y mujeres, de modo que un polo quedaría sometido a identificaciones y el otro a inversiones libidinales.

Pero habría que preguntar si toda esa gramática de “binarismos” y “heterosexuales” realmente describe alguna vivencia concreta de lo sexual. Tal vez sería el caso de comenzar por preguntarse si los heterosexuales realmente existen.

Podría parecer que una pregunta de esta naturaleza sería ociosa, algo así como una provocación especulativa equivalente a preguntarse si existen de hecho las montañas o los números primos. Sin embargo, sería importante cuestionar qué tipo de existencia es esa que se intenta describir cuando se habla de “heterosexuales”. ¿A qué tipo de sujetos se refieren estos términos? ¿Dónde se encuentran de hecho, en qué tipo de categoría? Aclarar este punto nos permitiría entender mejor quiénes son realmente esos apóstoles del binarismo de que tanto se habla. Pues, ¿qué ocurriría si descubriéramos que no hay nadie que encaje en esos términos, que ningún sujeto puede ser descrito de esa forma, que “heterosexual” es una categoría absolutamente vacía? ¿No sería, a fin de cuentas, una actitud más subversiva que imaginar que podemos toparnos con heterosexuales andando por las calles, trabajando con nosotros o incluso viviendo en nuestra propia casa?

---

\* Universidade de São Paulo. Brasil.

Cada época está marcada por cierto modo de describir posiciones emancipadoras y sus opuestos. Cada época intelectual tiene esa capacidad de vetar ciertos términos y colocarlos dentro de un campo de batalla donde dichos términos desempeñan papeles no siempre idénticos a las potencialidades ambiguas de sus usos. Nos hemos acostumbrado a un dispositivo de crítica que consiste en dar valor a términos que hasta ese momento habían estado marcados por el sello de la exclusión, del prejuicio, de la injuria. Hacemos una especie de transvaloración como estrategia crítica. Pero existe también otro dispositivo de crítica, no menos importante. Consiste en restituir a términos “bien conocidos” sus contradicciones, sus ambigüedades, su inestabilidad, llevando a que lo muy familiar pueda recuperar la dimensión de extrañamiento que le fue expoliada. Tal vez sea necesario algo de esta naturaleza para hablar de sexo hoy.

En este sentido, sería oportuno hacer una distinción que no siempre se tiene en cuenta en los debates actuales. Es posible que no existan los heterosexuales, lo que no significa que no exista la heteronormatividad. Es decir, no hay dinámicas afectivas que puedan ser descritas como “heterosexuales”, aunque no es difícil identificar discursos que intentan disciplinar el comportamiento y significar las relaciones a partir de la creencia en que existen los heterosexuales. Esos discursos crean clasificaciones y establecen una gramática que invisibiliza, para los propios sujetos, el sentido de las prácticas deseantes de las que son portadores.

Asumir eso significaría comprender que nuestro problema no es de “tolerancia”. No se trata de que vivamos en un mundo que debería saber lidiar de modo *más tolerante* con la multiplicidad de formas de relación afectivas que no pueden ser descritas como “heterosexuales”. Tal vez nuestro problema sea mucho más estructural. Vivimos en un mundo que tiene una gramática, con sus clasificaciones y sus enmiendas posteriores, que simplemente no dice nada sobre la experiencia concreta en el campo de lo sexual. Una gramática que no es una “condición de posibilidad” para la orientación y la experiencia de lo sexual, sino que es una mala “condición de imposibilidad”. En ese sentido, nuestro problema no es de “tolerancia”. Nuestro problema es de destitución. Hay toda una gramática que es inadecuada y que ha de ser destituida, pues no sabemos cómo hablar de lo sexual. El primer equívoco consiste en creer que las “relaciones sexuales” son algo que se da entre “personas”, ya sean dos o más. Si una relación sexual es aquello que se da entre “personas”, el paso siguiente sería entonces preguntar: ¿cuántas personas? ¿Cuál es el género de tales ‘personas’?

Pero, ¿y si estas relaciones no se diesen en el nivel de las “personas” y si esa descripción fuese, en realidad, un error categorial? Una de las ideas más fuertes del psicoanálisis en este sentido, impulsada por Jacques Lacan, nos recuerda que las relaciones sexuales no se dan entre representaciones globales de las personas, sino entre objetos que circulan entre los cuerpos. “Objeto” se entiende aquí en el sentido de aquello que “objeta”, que está “delante de” como algo irreflexivo. No tenemos relaciones sexuales con personas. Tenemos relaciones con miradas, con rasgos caracteriales, con sonidos y gemidos, con parte de cuerpos que nos remiten a una historia de conexiones entre momentos, experiencias, lugares. Tener relaciones con personas sería muy poco. Normalmente habría solo dos personas, raramente tres o más. Tener relaciones con objetos significa que nos vemos envueltos por una densidad de tiempos e historias que no sabríamos siquiera cómo descomponer.

Lo interesante para nuestra discusión es recordar que los objetos llevan consigo rastros de posiciones de deseo que desconocen eso que podría denominarse “determinaciones de género”. Circulan por cuerpos diversos, por géneros distintos. Para ser más preciso, circulan en una dimensión anterior a la que podríamos llamar de género. De eso es de lo que está hecho el sexo. Y ha de pensarse esa extraña tendencia a hablar cada vez menos de sexo y cada vez más de género, como si el “sexo” estuviera irremediadamente preso de alguna forma de reificación naturalista. Ahora bien, “sexo” es el nombre que damos a un tejido de relaciones pre-personales, siendo “pre” aquí la expresión de algo más fundamental, algo en un nivel anterior a la emergencia de las personas, algo que incluso cuando llegamos a ser “personas” continúa habitándonos y causándonos deseos. Por desgracia, vivimos en una metafísica tan empobrecedora que describir las relaciones sexuales como algo que se da entre objetos parece una forma de degradar a las “personas” implicadas, de instrumentalizar al otro, de “fetichismo”. Como si solo las “personas” tuvieran poder para actuar y decidir, y no los “objetos”. Toda una concepción jurídico-metafísica de actividad termina así por colonizar el modo en que comprendemos los afectos y las inclinaciones. También existe un fetichismo de la persona del que deberíamos aprender a liberarnos.

De este modo, decir que las relaciones sexuales se dan entre objetos significa concretamente que nadie desea “mujeres” u “hombres”, sino objetos que circulan o se fijan entre los cuerpos, en cuerpos. Se trata de objetos que no son solo proyecciones de fantasmas individuales. El cuerpo del otro nunca es una pantalla de proyección. Es un espacio de encuentro, y nunca se pierde un encuentro eficaz, siendo

la marca de su eficacia la fuerza bruta de la duración. Si se produce un encuentro es porque hay objetos que circulan, y la idea de circulación es importante aquí. Los objetos tienen la capacidad de pasar de un lado a otro porque hacen reverberar las historias de los deseos de los sujetos, la historia de sus deseos deseados. En un momento se encuentran en un lado, en otro momento en otro. Y esa circulación es la expresión de que tales objetos no se fijan en “géneros específicos”. Por eso, pueden llevar a un “hombre” o a una “mujer” a puntos de indistinción, pueden invertir sus posiciones y pueden permitir las composiciones heteróclitas más variadas.

Cuando, en el siglo XIX, un juez de la corte de apelación de Dresde llamado Daniel Paul Schreber tuvo un brote paranoico después de imaginar que sería bueno ser una mujer “en el momento del coito”, demostró que solo un paranoico podría sentir esa posición como algo exterior a sí. Tan solo un paranoico podría entender eso como algo tan invasivo como para llevarlo a construir un delirio que integrara esa corporalidad, esos objetos que él asociaba al goce femenino, únicamente bajo la condición de una modificación alucinatoria de su cuerpo apuntando a su propia transformación en “la mujer de dios”. Fuera de la posición paranoica, estamos haciendo en todo momento pasajes de ese tipo en nuestro inconsciente (que es donde se dan realmente los encuentros afectivos), tanto en un sentido como en el otro.

Dicho esto, es un hecho que la discursividad heteronormativa puede experimentarse como un proceso de reacciones fóbicas contra tales movimientos, contra esa circulación de objetos. En consecuencia, esta discursividad puede consolidar disposiciones capaces de producir las peores violencias y negaciones, pues se trata de violencias en las que se mezclan la destrucción de sí y la incorporación, en el otro, de lo que se quiere destruir. Pero esas discursividades solo describen una tentativa desesperada y brutalizada de lidiar con impasses típicos de quienes comprenden y experimentan el deseo en el ámbito de las “personas” y los “individuos”. En ese sentido, es muy probable que la mejor manera de desactivar esos discursos sea poner de manifiesto, cada vez más, que estos no se refieren a ningún sujeto, que lo que describen es una forma de disciplina que se desarrolla exactamente en el momento en el que las sociedades comienzan a clasificar a los sujetos a partir de las supuestas elecciones sexuales de personas con las que tales sujetos han sido identificados.

“Pero, ¿qué quieres decir? ¿Qué la heteronormatividad es un discurso sobre la nada?”. Bueno, no sería el primero de los discursos sin objeto de los que tenemos noticia. Eso puede llevarnos a imaginar un momento histórico de emancipación en el cual sea absolutamente indiferente si los sujetos son portadores de estrategias distintas de circulación de objetos, absolutamente indiferente la especificidad de la serie de los cuerpos que prefieren los sujetos individuales. No hay por qué clasificar series diferentes en conjuntos distintos.

Esa indiferenciación puede ser una fuerza política. Pues sería un error pensar que las múltiples formas de opresión y sujeción que componen el tejido social deban tratarse a partir de las mismas estrategias políticas, como si estuviéramos hablando de categorías dispuestas en el mismo nivel. Más bien entre clase, raza y sexualidad (solo por quedarnos en esos tres frentes que se ha dado en llamar de “interseccionalidad”) no pueden establecerse relaciones de equivalencia ni siquiera desde el punto de vista de sus dinámicas de opresión. Hay que saber operar con sus singularidades. Lo que es del orden de la sexualidad, por ejemplo, se constituye a partir de una disyunción profunda entre prácticas y normas. La vivencia concreta de lo sexual (fantasías, circuitos de afectos, dinámicas de goce, producciones oníricas) no se confunde, en ningún sujeto (y sería importante subrayar ese “en ningún sujeto”), con las normatividades sociales constituidas. Cada sujeto abordará esa disyunción a su manera, pero esa disyunción no dejará de atormentarlo. La vivencia corroe continuamente la norma porque la vivencia no es solo fruto de un sistema de deliberaciones y decisiones de los individuos. Es una dinámica que deja al desamparo al inconsciente y a sus flujos libidinales. Por eso, la relación entre vivencia y norma es una relación de disparidad, y aquellos que se implican en un proceso de emancipación social deben usar esa disparidad a su favor.

Esa disyunción, que puede ser un arma política importante (y tal vez una cuestión política importante sea cómo poder convertirla en una fuerza), no es el elemento estructurante, por ejemplo, de las cuestiones relativas a la raza, al menos no de la misma manera. Por eso, desde el punto de vista de su performatividad –o sea, desde el punto de vista de lo que son capaces de producir– afirmaciones como “no soy heterosexual”, enunciadas por alguien socialmente clasificado en esa categoría, y “no soy blanco”, enunciado por alguien que la sociedad reconoce como tal, producen efectos radicalmente contrarios. No en vano, esta última es parte de las estrategias clásicas de las sociedades que intentan enmascarar su racismo mediante el discurso del mestizaje. Pero la primera afirmación merece una discusión de otra

naturaleza, porque estamos ante un fenómeno de otra naturaleza. Es necesario saber distinguir mejor para poder operar mejor. Pues el desorden de género es una fuerza bruta, tal vez la única capaz de dar sentido a una totalidad verdadera. Está ahí, corroyendo a cada paso a quienes intentan ignorarlo. Está ahí, impulsando la creación a quien es capaz de oírlo. Históricamente ya ha hecho saltar por los aires muchos edificios que se consideraban sólidos, y ya ha abierto muchas dinámicas allí donde distintas personas no veían más que parálisis.

*Traducción del portugués: Jordi Maiso*